



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10587

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Este periódico.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 d.—Extra-  
jera.—Tres meses, 11,25 id.—La suscripción se contará desde 1.  
y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 18 DE FEBRERO DE 1897

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Châteauneuf  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## MATERIAL AGRICOLA

Presas para vinas.—Bombas para  
trasiego, riegos, lavar y rociar plantas  
—Norias para pozos, movidas á vapor  
viento ó caballería.—Máquinas para ta-  
ponar y limpiar botellas.—Espino ar-  
tilicial para cercados.—Arados de ver-  
tedera.—Desgranadoras de maíz.—  
Vías férreas, vagonetas, plataformas,  
cambios, etc., para transporte de feno,  
cañadas, legones, picos.—Tuberías de  
manga y aceros.

CANTO PIERRE LEBRE  
21, CASSELLINI, 12.

## LA QUESTION DE GRETA

Con la intervención colectiva de  
las potencias, ha entrado en una  
nueva fase la cuestión de Greta.  
Mas esta solución, que aleja el pe-  
ligro de una guerra entre Grecia y  
Turquía, eventualidad que desde  
un principio supusimos sería evi-  
lada por las potencias, no puede  
ser definitiva; y sólo significa en  
realidad un compás de espera y  
un medio de resolver pacíficamen-  
te ó con menor peligro sobre los  
futuros destinos de la isla.

La ocupación colectiva por fuer-  
zas de las diversas escuadras eu-  
ropas no puede ser permanente.  
Cuando las tripulaciones de los bu-  
ques europeos se retirasen, una  
vez restablecido el orden material,  
pero dejando subsistente el statu  
quo, es indudable que se repro-  
duciría la guerra civil entre cris-  
tianos y musulmanes.

La independencia de Greta no  
sería solución admisible, pues los  
interesados no están en condiciones  
de formar un Estado independiente,  
que no tendría razón de ser  
por motivos de raza, de extensión  
territorial, del número de sus po-  
bladores ni otros; y que fatalmen-  
te caería bajo el protectorado y la  
 tutela de alguna gran potencia,  
siendo ocasión de discordias inter-  
nacionales y un peligro para la

paz. Tan evidente es que Greta no  
reune condiciones para ser inde-  
pendiente, que la misma población  
de la isla no lo pretende y su as-  
piración es anexionarse á Grecia,  
nación de la cual puede decirse  
que forma parte Candia, geográfi-  
ca etnográfica ó históricamente.

Descartada aquella solución,  
quedan otras dos. La primera es  
la anexión de la isla al Reino he-  
lénico, consentida por las poten-  
cias y aun impuesta por ellas á  
Turquía, lo cual constituiría, en  
verdad, un despojo, desde el punto  
de vista del derecho internacio-  
nal, si bien las especiales condi-  
ciones del imperio otomano ha-  
rían disculpable y aun justifica-  
rían ante la civilización y la mor-  
al esta violación del derecho es-  
tricto.

La segunda solución sería el es-  
tablecimiento de un régimen au-  
tonómico en Greta, garantizado ó  
intervenido por las potencias de  
tal modo, que fuese imposible al  
Gobierno turco falsear tales refor-  
mas en la práctica. Claro es que  
la soberanía del Sultan sobre Greta  
quedaría reducida, en este caso,  
á un poder nominal, y que el ver-  
dadero soberano serían las poten-  
cias que garantizaran los derechos  
y libertades de los cristianos gre-  
teses. Y ahí está, precisamente,  
la dificultad de esta solución, que  
á primera vista parece la mas  
equitativa y la menos violenta. Un  
protectorado colectivo, con cual-  
quier nombre que se le disface,  
no puede ser estable, pues dados  
los contrarios intereses de las gran-  
des naciones en la cuestión de  
Oriente, á cada paso surgirían en-  
tre ellas, con motivo de su condo-  
minio en Greta, desavenencias pe-  
ligrosas.

El interés común puede inspirar  
acuerdos transitorios como la in-  
tervención que acaba de verificarse;  
pero tratándose de un régi-  
men permanente, los intereses  
particulares se sobrepondrían, y

este «modus vivendi» sostenido  
para resguardar la paz, vendría á  
ser ocasión de alterarla ó al menos  
peligro para su conservación.

Todavía mas quimérico parece  
que las potencias consintiesen en  
delegar en una de ellas este pro-  
tectorado ó vigilancia sobre Greta.  
Y fiar como hasta aquí á las  
gestiones de los embajadores en  
Constantinopla ó á la intervención  
de los consules en Greta la aplica-  
ción de las reformas otorgadas  
por la Puerta, sería de todo pun-  
to ineficaz y no impediría la re-  
producción de los sucesos ac-  
tuales.

Por esto creemos que la inter-  
vención de las escuadras europeas  
no resuelve la cuestión de Greta,  
y que la anexión de esta isla á  
Grecia no ha perdido todas sus  
probabilidades.

## TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Por viva que sea la curiosidad que  
los sucesos de Greta despierten en el  
ánimo público, su interés nunca puede  
ser tan grande para nosotros como el  
que ofrecen las dos guerras coloniales  
en que está empeñada la nación.»

Perogrullo diría otro tanto.

¿Cómo había de sentir el fantástico  
personaje la desventura de Gedeón con  
la misma intensidad que la suya pro-  
pia?

Leemos:

«Una comisión de ganaderos piensa  
visitar al ministro de la Guerra para  
rogarle que las quintas próximas se sa-  
quen en metálico, á fin de no quitar  
brazos á la agricultura de los campos.»

[Cochillos] no entiendo eso.  
O es que se pueden formar batallones  
de duros en vez de soldados ó con  
los duros que se saquen habrá que comprar  
hombres, restando brazos á la  
agricultura.

De modo que... no resulta la petición  
de los ganaderos.

Unos cuantos sujetos se reunieron el  
otro día en el barrio El Regalo de Bil-  
bao y discutieron sobre el regionalis-  
mo

Pero de la discusión no salió la luz  
sino una pelea de dos mil demonios que  
produjo cinco heridos graves, de los  
cuales morirán algunos.

Como celebren algunas sesiones esos  
regionalistas se queda la idea sin par-  
tidarios.

La actitud de Grecia en la cuestión  
plantada por turcos y cristianos hace  
que la diplomacia se siente la ropa y  
se mire de reojo.

Las naciones se preguntan quien

alienta á los griegos y desconfían unas  
de otras y aullan las armas por lo que  
pueda acontecer.  
Caballeros, no empujar que puede  
ser peor.

«El Herald» publica un artículo de  
política y lo titula así:

«Perdiendo el tiempo.»  
Tratándose de política es lo menos  
que se puede perder.

Ya nos contentáramos con que lo  
único que nos hicieran perder los polí-  
ticos fuera el tiempo.

Aunque nos privaran de la grata  
ocupación de matarlo poco á poco.

## COMERCIO MARITIMO

### ADUANA DE CARTAGENA

(Continuación)

IMPORTACION para esta provincia en el pasado año de 1896.

Acero fino al crisol en barras flejes y chapas

	Kilogramos.
De Inglaterra.	37.100
De Francia.	216
De Bélgica.	24
Este artículo era destinado para la fábrica de cuchillos y nava- jas de Albacete.	
Hierro forjado y acero en barras-carriles	
De Bélgica.	117.376
De Alemania.	58.900
De Suiza.	630
Hierro y acero común en barras de todas clases	
De Inglaterra.	66.331
De Francia.	16.176
De Bélgica.	11.046
De Austria.	7.837
De Alemania.	30.156
Hierro forjado y acero en aros y ruedas de más de 100 kilos para locomotoras y carruajes de ferrocarriles	
De Inglaterra.	14.177
Hierro forjado en ruedas de 100 kilos ó menos para coches y wagoes	
De Alemania.	530
De Inglaterra.	884
Hierro forjado en ejes acodados y señales	
De Inglaterra.	417
Hierro forjado en chapas de 3 ó más mjm. de grueso	
De Inglaterra.	152.609
De Bélgica.	8.648
La mayor parte de este artículo fue para el Arsenal de este de- partamento.	

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 89

mas, en aquella época rara era la fiesta que dura-  
ba hasta las diez de la noche, porque las costumbres  
aun no habían adoptado esa volubilidad que hoy día  
las caracteriza, y por lo tanto á medida que se acer-  
caba esta hora, todo el mundo se iba retirando, y  
las luces iban muriendo como si un soplo mágico aca-  
base con tan fugitivos resplandores.

Se iban sin embargo esos gritos perdidos; que tien-  
ten algo de lastimeros y que se sienten después de  
las grandes fiestas; extinguiéndose melancólicamente  
las vibraciones de las vitueltas, el ruido de los bailes,  
y el murmullo de la multitud.

Poco á poco iban desapareciendo todos los en-  
cantos.

En tal estado, preciso nos será seguir las huellas  
de nuestros dos grupos, los cuales llevaban una mis-  
ma dirección, conservando una distancia de quinien-  
tos pasos.

El primero, compuesto de los tres militares, llegó  
á la embocadura de la calle de Tudescos, y se inter-  
nó por ella perdiéndose entre la bruma: solo se escu-  
chaba el ruido de sus pasos sobre el fango de que es-  
taba cubierto el pavimento.

Llegó por último á la altura de la calle de la Lu-  
na: estaba oscurísima, y no era fácil caminar por las  
aceras, en atención á los ángulos salientes de infini-

CARLOS II EL HECHIZADO 88

El otro grupo que hemos mencionado tenía al mis-  
mo tiempo este diálogo:

—Me duelen los huesos de estar de pié, dijo uno.

—¿No te agrada la perspectiva? murmuró el otro.

—Estoy cansado de verla, y mas aun de que el aire  
nos dé en los hocicos.

—Vámonos si gustas.

—Pensaba decirte y recordarte que ya era hora  
de ir, segun nuestra costumbre, á la hestería de la  
Cruz Blanca.

—¡Ah! es cierto: se me olvidaba....

—Además de que el hostelero nos dijo que tendría  
que hablarnos interin nos comiamos los lomos de un  
javali cazado en el Pardo.

—Sí, sí, me acuerdo; vamos allá.

Y rompiendo grupos, estrujando á los más perezos-  
os y protegiendo á la par á algunas mujeres magu-  
lladas y medio muertas, lograron alcantar el ángulo  
donde momentos antes estuvieran conferenciando los  
tres militares.

Desde allí les fué más fácil caminar, y bien pron-  
to se extraviaron entre las quebraduras del terreno  
y entre los negros velos de la noche.

Esta era oscurísima; la iluminación, á medida que  
se separaba del centro, se iba disminuyendo, pues  
el aire y el poco aceite producían sus efectos: ade-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 85

mente atrevidos, cuyos tipos se conservan aun bajo  
el nombre genérico de caldereros, y que solo sirven  
para dar vueltas en torno de la plúzuela de Oriente;  
las madres gritaban, pero la fuerza de la corriente  
las separaba, y sus alaridos se perdían entre la re-  
chiffa y la zumba general.

El enguillado escudero que seguía á su señor; el  
lego caminaba en pos de su guardián; el soldado que  
iba del brazo con su querida; el caballero de ancho  
chambergó y larga tizona que dormía detrás de su  
dama; la mujer disoluta que había alarde de sus afe-  
tes y desfachatez; el honrado labriego; la atrevida  
cortesana, el enopetado noble; el tímido provincia-  
no, todos se apiñaban en un confuso laberinto, posei-  
dos por un mismo sentimiento, arrestrados por igual  
frenesí y entusiasmo.

Y en medio de aquel estruendo discordante y ex-  
traño, cuyo zumbido estallaba en el aire y se perdía  
en la lejanía, había intervalos de reposo para dar lu-  
gar á los ecos lejanos de la población que espiraban  
entre las cantinelas de los amantes y entre los gritos  
de mil borrachos.

Pero concretándonos nosotros á algunas parcelas  
del gran cuadro que tan torpemente hemos trazado,  
vamos á fijar la atención en dos grupos que diame-  
tralmente se hallaban opuestos en toda la extensión  
de la plaza del alcazar.